



La Invasión:

Los socorristas cuentan su
historia.

Abdiel Iván Batista Castillo

Índice

Introducción	3
Dedicatoria	4
Mis recuerdos	5
Aportes de compañeros socorristas.....	15
Henry T. Staples Charles.....	16
Memorias del Ing. Víctor Antonio Acosta Guillén.....	18
Lic. Víctor Martín Acosta	21
Peter J. Finlay	23
Dr. Nicolás Arrocha	27
Epilogo.....	30

Introducción

En los 7 días que transcurrieron luego de la invasión de los Estados Unidos a Panamá, hubo la otra gente que no combatió, no corrió, no saqueo, solo ayudaron a los heridos, enfermos, recogieron cadáveres, orientaron a personas que habían perdido familiares, dieron apoyo psicológicos a quienes perdieron casa y trabajo.

Mi nombre es Abdiel Iván Batista Castillo, soy voluntario de la Cruz Roja Panameña, desde 1975. Para cuando ocurre la invasión de Estados Unidos a Panamá, tenía 26 años y 14 de ser voluntario activo, ocupaba el rango de Oficial Nacional de Rescate y el cargo de Oficial de Semana; desde el momento que inicia la invasión me active en la operación de socorro más grande que hasta ese momento se había vivido en materia de socorro y urgencias en el país.

Estos son los recuerdos de lo que viví esos días junto a cientos de voluntarios, espero sea de su agrado esta lectura.

Panamá, 3 de julio de 2004

Revisada Diciembre de 2009

Revisada Agosto de 2014

Revisada Junio de 2018

Revisada Noviembre de 2019

Revisada Diciembre 2020

Dedicatoria

Dedicada a los socorristas: Álvaro Bernal A-B (Q.E.P.D.) quien nos llamaba de Miami para saber cómo estábamos, a Bernardo Muñoz (Q.E.P.D.) y Rolando Charles Ballentine a quienes nos formaron para ese amargo momento, a Federico Mancilla (Q.E.P.D.) por formarnos el carácter, a Carlos Ruiz Valdés, quien al momento de la invasión fungía como presidente de la Cruz Roja Panameña y en especial a los hermanos Acosta: Antonio, Martín y Juan, quienes siendo miembros voluntarios de la Cruz Roja Panameña, fueron refugiados en la escuela secundaria de Balboa, a los socorristas de la Cruz Roja Panameña por su desprendimiento a los hermanos y compañeros del Benemérito Cuerpo de Bomberos de Panamá, con quienes compartimos las amarguras y las victorias.

Mis recuerdos

Para quienes somos socorristas ya sea de la Cruz Roja Panameña o del Cuerpo de Bomberos, la invasión fue el examen final de una preparación que dio inicio en mayo de 1984, luego de unas elecciones con resultados controversiales, y tal como lo afirmaba un exitoso político “la historia se repite en espiral” las elecciones de mayo del 89 no fueron tan diferentes a las del 84, lo que afirmaba que momentos difíciles estaban por venir.

Para quienes militan en partidos políticos y para los que son adeptos a la política, fue el inicio de una serie de cambios, transformaciones y de hechos que culminan con la invasión de los Estados Unidos a Panamá. Para nosotros los rescatadores, ajenos a los vaivenes políticos, obviando aquella aseveración que dice “el hombre es un animal político” solo eran tiempos de entrenar y prepararnos para lo que quizás ocurriría.

Me tomo 15 años escribir este relato, al llegar a aniversario 5, 10 y 15 estaba dispuesto, pero siempre había algo que me impedía y lo dejaba para después, pensé también escribir a selecciones del Readers Digest e igual posponía enviar ese correo electrónico. Cada año al llegar la fecha del 20 de diciembre una y otra vez se repetían las entrevistas con los mismos actores, los mismos sobrevivientes y nada nuevo que los panameños no supieran. Al finalizar noviembre del 2009, leí en un periódico local y luego lo vi en televisión, que el periodista Guido Rodríguez, haría una entrega sobre “La Invasión” confieso que el saber de la trayectoria del autor me hizo pensar que sería una entrega de grandes letras, para la quinta entrega, no había leído nada nuevo, me decidí a escribirle a Guido, y darle mis puntos de vista sobre su escrito, así como también le exprese que escribiera sobre la gente que estuvo socorriendo en esos días: La respuesta de Guido me dejo de un brinco, has tu aporte y fue así como me decidí a escribir mis recuerdos, mis emociones y mis experiencias, aquí les dejo con mi relato.

Miento si digo que hora era, cuando inicio la invasión, se que era media noche pues acababa de llegar a casa cuando sonaron los primeros disparos y al mirar por el balcón del viejo apartamento de mi Tío Pacífico ubicado en la calle Pablo A. Mendoza del Terraplén de Santa Ana, podía ver claramente las balas trazadoras de los helicópteros con objetivo al cuartel central de las Fuerzas de Defensa. Le dije a mi tío, me voy a la Cruz Roja, baje del edificio y tome calle 15 este, cruce la avenida central y al llegar a calle 16 oeste quede petrificado al ver una multitud de personas corriendo en dirección a la plaza 5 de mayo, el tumulto me recordó a las personas en carnaval y sentí la calle solitaria ante el reflejo de las luces, parafraseando a García Márquez “era la sombra de la muerte” pensaría años después.

Al llegar a la sede de la Cruz Roja en calle E de Santa Ana ya estaban allí los socorristas que vivían cerca, entre ellos Pedro Perigault y Guillermo Cisneros que vivía en la calle Pedro Obarrio y estaba con su familia. Junto a Alfredo Du Bois, dimos aviso a directivos de la Cruz Roja entre ellos al Director del Departamento de Socorro Bernardo Muñoz, al cual fui a buscar en una ambulancia con el socorrista Pedro Perigault. A nuestro regreso a la sede de la Cruz Roja fuimos testigos de la toma de la sede del DENI en Ancón, por lo que no pudimos pasar, para cuando llegamos a Santa Ana, ya la sede de la Cruz Roja se había convertido en refugio de los vecinos y de las familias de los socorristas que vivían en el chorrillo, es en ese momento que nos enteramos que el primer muerto es Luis Gustavo Torregrosa, que en ese momento ocupaba el cargo de Representante de Corregimiento del Chorrillo, Torregrosa era también desde hacía muchos años un socorrista activo de la Cruz Roja Panameña.

El director del Departamento de Socorro Bernardo Muñoz tomo la decisión de trasladarnos hacia la vía Brasil donde la Cruz Roja Panameña tenía el centro de operaciones de socorro, por ser un área alejada del conflicto, era mucho más seguro estar allá. Al llegar a las puertas del centro un pelotón de soldados macho de monte, nos pidió ayuda, le explicamos las condiciones y dejando sus armas

descargadas y amontonadas pasaron a un salón del centro, eran ya las 2 y tanto de la mañana, estos soldados se retiraron sin sus armas a medida que amanecía.

En el transcurso de la madrugada Perigault y yo recogíamos en una ambulancia a los socorristas que vivían por Carrasquilla, Río Abajo, San Miguelito, Panamá Viejo y San Antonio, entre ellos a Orlando Roberts, Alfonso Rodríguez, Raúl Vasquez y Dafnis Contreras.

Gracias a las gestiones y visión futurista del anterior jefe de socorros, Rolando Charles con el apoyo de Sandra Flores, encargada del Departamento de Difusión de la Cruz Roja Panameña, los socorristas, estábamos preparados para trabajar en una situación parecida, por lo que el trabajo de: brindar primeros auxilios, rescate, búsqueda y localización de desaparecidos, recobro de cadáveres, recolección de armas, datos estadísticos, negociación, utilización de símbolos y coordinación con el ejército de Estados Unidos y otras organizaciones, era realizado alternando un día para cada uno, evitando así la fatiga y la impotencia ante el tamaño de la situación.

Hay cosas que vivimos y que más nadie vivió, unas dan dolor como el incidente del 20 de diciembre a eso de las 9 de la mañana, estábamos en la estatua de Morelos en Panamá Viejo para recoger un cadáver, cuando paso un LTD del DENI con hombres armados, nos vieron recogiendo el cadáver y gritaron “ a matar gringos” siguieron adelante y le dispararon a tres tanquetas que estaban en lo que se llama convento de las monjas, lo siguiente que escuchamos fue un ruido ensordecedor y luego ver el LTD volar unos 150 metros hasta quedar frente a radiadores Muñoz, uno de los muertos dentro del LTD, era un hombre negro de más de 300 libras, ese fue nuestro segundo muerto que llevamos a la morgue del Hospital Santo Tomas, el día 3 de enero cuando ya no cabía un muerto más, el gordo sobresalía de los demás muertos. (LTD es un auto modelo Ford manufacturado de 1965 a 1986 usado por el DENI la entonces policia secreta)

El saqueo fue algo imposible de describir: personas mayores con neveras al hombro, hombres empujando cunas llenas de ropa, el saqueo trajo también otro

problema, los heridos por los vidrios quebrados de las vidrieras. Instalamos una clínica móvil en la sede central de la Cruz Roja en Santa Ana, allí el paramédico Roberto Smith y el Doctor Nicolás Arrocha, El Enfermero Alfonso Rodríguez, los paramédicos Henry Staples, Roberto Moreno y Pablo Reyes, obtuvieron un doctorado extra en suturar heridas, de hecho eran tantos los cortados que nos enseñaron a suturar para poder cubrir la cantidad de personas de todas las edades y sexo que llegaban con la misma historia “yo pasaba por el almacén “tal” cuando rompieron la vidriera y los vidrios me cayeron encima”

Nos concentramos tanto en los heridos del saqueo de la avenida central que para cuando nos avisaron que teníamos que ir a la Vía España que allá también había heridos, no teníamos ya hilo de sutura. Fuimos a Vía España y las escenas del saqueo eran igual a las de la avenida central, solo que ahora había autos BMW, Volvos y otros llevando lo saqueado, pasada la invasión se corría la voz como una historia urbana que en el saqueo del almacén Félix B Maduro de vía España, había cámaras que filmaron el saqueo y que luego el dueño al ver los videos reconocía a sus clientes robando, nunca escuche ni supe si esto fue verdad de parte de la familia Maduro.

Otras situaciones fueron impactantes como ver el momento en que un helicóptero se sustenta en el aire frente al edificio de la contraloría y dispara, hacia donde quedaba radio libertad. También vivimos frustraciones como la noche del 23 de diciembre en que nos van a buscar a vía Brasil una patrulla del ejército de Estados Unidos y nos pide que socorramos a 6 heridos de bala, bueno de muchas balas, nos entregaron a los heridos evaluados y con vías intravenosas tomadas, en seis ambulancias nos dirigimos al hospital más cercano, el centro médico paitilla y pienso yo que por miedo nos cerraron las puertas, por lo que nos dirigimos hacia el ya colapsado Hospital Santo Tomas, al regresar fuimos a recuperar los 5 cadáveres que habían quedado en la escena, eso era en el cruce donde está ahora el Mc Donald de la vía transístmica. Peter Finlay socorrista de ascendencia estadounidense fue conmigo y dos socorristas más a este lugar, por curiosidad le

pregunto a un soldado que paso y este le dijo “ellos iban en ese microbús (un colegial) no hicieron alto en el retén”

También hubo momentos de felicidad entre ellos escuchar los diferentes acentos cuando nuestros compañeros hablaban inglés, el burlarnos de las frases nocturnas de los soldados mexicanos, puertorriqueños, venezolanos que decían “aléjense de balcones y ventanas, por su seguridad” (seguridad) Si mirabas a través de la rendijas veías a todos los que tenían balcones agazapados tratando de ver la caravana de soldados y tanquetas del ejército de Estados Unidos.

Otra situación cómica se da cuando recibimos un llamado de alguien que dijo ser el gerente del supermercado Riba Smith de la vía transistmica y nos dice que fuésemos a buscar comida que el súper lo estaban saqueando, pensando en los niños de la guardería de la Cruz Roja, me fui para allá con Raúl Vásquez y Alfredo Du Bois, al llegar solo encontramos en el súper letreros de “se vende” y pan de pasitas, con total desgano por nuestra lentitud, al salir nos dice un hombre que se identificó como empleado, que podíamos tomar carne del cuarto frío, que ya lo habían abierto y para allá nos fuimos los tres, tomamos algo de carne y nos quedamos esperando a Alfredo Du Bois, media hora después al ver que no llegaba al carro, fuimos a buscarlo y lo encontramos dentro del cuarto frío temblando, la puerta, esta se había cerrado y no abría por dentro. Cuando llegamos a el centro de operaciones en vía Brasil con nuestro saqueo legal para los niños de la guardería, llego un miembro de la familia Gago a ofrecernos leche y alimentos para los niños de la guardería.

No queda también decir que una mentira repetida mil veces se convierte en verdad, una de ellas cuando en pequeño grupo vamos a la base de Howard a recoger los cientos de cadáveres que estaban allá en contenedores – y eran solo tres - Así como también presenciamos el desigual combate entre los soldados de la compañía tigres de Tinajitas y los soldados de Estados Unidos, combate tan desigual que luego de ser repelidos tres veces por la compañía de los tigres, los soldados gringos tuvieron apoyo aéreo para poder dominar a los soldados de Panamá. Tampoco podemos olvidar que el ejército de Estados Unidos a pesar

que, nos sacaba de las ambulancias, nos revisaba y hasta llegaron a apuntarnos con sus armas, siempre respetaron nuestro trabajo.

El día 22 de diciembre, eran quizás las 11:30 de la mañana logramos pasar todos los retenes posibles, con todas las revisiones de seguridad, con todas las explicaciones en un inglés con todos los acentos que existen y un poquito de español y llegamos a la escuela secundaria de Balboa (Balboa high School perteneciente a la división de escuelas del Ejército de Estados Unidos en Panamá) En las coordinaciones con los comandantes del ejército de Estados Unidos, nos habían hablado que los chorrilleros estaban en el campo de juegos de la escuela, confieso que al llegar nuestra prioridad era encontrar noticias de los hermanos Acosta, tres de ellos voluntarios de la Cruz Roja Panameña, y quienes vivían en el límite del Chorrillo con la Zona del Canal. Pasamos al interior de la escuela y pudimos ver las carpas, la gente conversando, mujeres cargando sus niños, no parecían agobiados ni doloridos por haber perdido todo, más bien los vi como con la esperanza perdida, eso es así como cuando ves los ojos de un tiburón y te das cuenta que es inexpresivo. Coroneles y Capitanes más tarde nos presentan al coordinador y encargado de brindar un sitio seguro a los refugiados chorrilleros, era Víctor Martín Acosta, la emoción estaba entre la felicidad de hallarlo con vida y de saber que un miembro de la Cruz Roja Panameña, era el encargado para que más de 20 mil personas tuvieran una carpa, un colchón, comida y biberones, para los bebés. Meses después Martín Acosta, fue condecorado por el ejército de Estados Unidos por su labor en la escuela de Balboa.

La media noche del 24 de diciembre la celebramos con pan de pasas y dos jamones que nos donaron. Henry Staples trajo unas roscas de la panadería del papá y Roberto Moreno trajo algo para el brindis. La mañana del 25 fue especial, amaneció lloviendo, todos tuvimos el mismo pensamiento, con los gringos aquí va a caer nieve.

En mi familia todo estuvo bien, el tío Pacífico estuvo en el apartamento escuchando radio y viendo televisión, bajo al parque el día 27. De mi papá supe que le iban a vender cosas robadas en el saqueo y mis hermanos menores le

decían “No compre” Como todos los panameños también los socorristas nos desvelamos viendo el canal 8 de SCN (sistema de televisión para las bases militares de Estados Unidos en Panamá) para ver el video del General Noriega teniendo sexo con el Cantante Chayanne y con la política Balbina Herrera. Había personas que afirmaban haber visto el video en la madrugada, a 25 años me pregunto si Chayanne, se habrá dado cuenta que estaba en un video que nadie vio, pero que todo el mundo dijo que vio.

Mi hija Sucett entonces de 4 años no entendía como era eso de la invasión, todas las veces que la vi me preguntaba si iba para la guerra, me imagine que era por escuchar a su abuelo zonian decir “esto es una guerra”

Pasabamos las noches, hablando de lo que hicimos en el día, esperando una llamada desde el centro de coordinación de los gringos que dijera – cruz rojo, tenemos a un mujer pregnan que quire teniendo un bebe, nicisita ambulance - esa llamada era motivo de apuestas ¿Cuántos partos por noche atendíamos? También recordábamos a socorristas como Álvaro Bernal que hubiera dado toda su fortuna por compartir esos momentos con nosotros, pero nos llamaba dos veces al día desde Miami (florida) donde vivía, para saber como estabamos.

Fue en la noche del 27 de diciembre cuando nos dimos cuenta que estábamos con la misma ropa desde el 20 y no nos habíamos bañado en 7 días, nada más nos lavamos la cara y los dientes en las mañanas, me imagino que olíamos mal, pero entre tanto estrés nadie se dio cuenta. Compartíamos también risas por las ocurrencias de los cruz rojistas más jóvenes entre ellos, Julián Muñoz Q.E.P.D. y Efraín Castillo, quienes hacían que las noches fuesen más serenas y cortas con sus ocurrencias, tampoco podemos olvidar a Manuel Morgan socorrista de Colon con su peculiar manera de bañarse en un lavamanos, todas las noches.

Quien durante 5 días se dedicó a llevar un escáner y saber en qué frecuencia transmitían los soldados de Estados Unidos fue Alberto Cedeño, como olvidar este incidente cuando dijo con los brazos levantados “la tengo” ¿Qué tienes? fue la pregunta – sé en que frecuencia transmiten los hummers, wow wow - dos

semanas más tarde en horas de la madrugada, viniendo de las afueras de la ciudad hacia el hospital de la caja de seguro social, transportando unas víctimas, Alberto tuvo un accidente con la ambulancia que manejaba, gracias a Dios salió ileso, él, sus acompañantes y la víctima, ese momento se inmortalizó como la noche en que un gato cruzó la calle.

La estación de radio de la Cruz Roja Panameña se activó el día 20 de diciembre, así estuvimos en contacto con el comité de David, específicamente con el Socorrista Héctor Pitty Q.E.P.D. que con lujo de detalles nos informaba de la situación, en David y otros distritos. Lo mismo paso con el comité de Colon y gracias al apoyo de los clubes de radio aficionados se organizó una cadena de búsqueda de desaparecidos y de canalización de información, lo que fue efectivo para las respuestas que Migdalia de Salas, encargada del servicio social, le tenía que dar al público que requería información

La mayoría de los socorristas que en esos aciagos días ya éramos líderes, reconocemos las actuaciones todos los directivos de la Cruz Roja Panameña, pero la que todos recordamos es la actitud de control que tomo el presidente Carlos Ruiz Valdés, para proteger a los socorristas voluntarios mientras realizábamos las labores de recobro de cadáveres, rescate y búsqueda de desaparecidos, asegurándonos descanso, y comida, sin que ello opacara el entusiasmo de Jorge Alemán, la paciencia de Bernardo Muñoz y el ánimo y disposición de Eduardo Pinel Q.E.P.D. y las repetidas instrucciones de José Béliz para que no nos pasara nada. No hubo casos documentados de socorristas lesionados durante las operaciones de socorro, podemos decir con toda certeza gracias, Charles, gracias Ruiz Valdés, gracias Beliz, ese entrenamiento de 5 años fue genuino.

Hay no menos de 15 libros, más de 500 artículos y miles de opiniones de expertos en conflictos armados, de analistas políticos y por supuesto de nuestra cruzada civilista, que han escrito hasta la saciedad de la invasión, sus causas, sus orígenes y sus efectos, ninguno de ellos ha hecho honor a los héroes anónimos de la Cruz Roja Panameña y del Cuerpo de Bomberos quienes por 7 días estuvieron prestos a auxiliar a aquellos cuya vida corría peligro.

A excepción del documental Panamá Deception, que muestra una escena de la invasión y se ve a Mario Méndez socorrista de la Cruz Roja, portando su peto con signo protector en la entrada de la sala de urgencias del Hospital Santo Tomas.

Para el mes de junio del año 1990 al acercarse el 24 de junio día en que las sociedades de Cruz Roja celebran el día del socorrista, reunidos un grupo de jefes socorristas de la Cruz Roja Panameña, queríamos dar una condecoración a los socorristas que trabajaron en la invasión, como no había dinero destinado para ello, Alfonso Rodríguez organizo una colecta entre los oficiales y compro unas medallitas que le costaron 0.10 cada una y las entregamos a los socorristas que trabajaron en la invasión, en una ceremonia formal, a veinte y cinco años la conservo, la uso y me siento orgulloso.

La historia de la invasión está siendo escrita y sustentada por aquellos que combatían el régimen militar, algunos autores han escrito novelas biográficas donde mezclan la realidad con la ficción, que aunque sitúa el teatro de la imaginación dentro del contexto histórico de la invasión , el relato carece de veracidad aun para los que en esa época eran niños.

El profesor Rolando Sterling escribió de las interioridades de ese hecho y da a conocer la otra parte de la historia, plasmando los enfrentamientos de militares, batalloneros y codepadis contra el ejército de Estados Unidos, pero el Profesor Sterling tampoco menciona los héroes anónimos de la Cruz Roja Panameña ni del Cuerpo de Bomberos en sus libros. Con un poco más de suerte los miembros del Cuerpo de Bomberos, en algunos escritos con escuetas y limitadas palabras, se limitan a decir: solamente la única institución que estaba en las calles socorriendo era el Cuerpo de Bomberos, con algo de ironía pienso – **y los que estábamos vestidos de Cruz Roja, nunca nos vieron** – Eso nos duele, es una piedra en el zapato, te la sacas pero la sensación de dolor sigue allí.

A 31 años tengo más buenos recuerdos de la invasión que traumas, un poco de sin sabor por qué, el trabajo que realizamos los voluntarios de la Cruz Roja Panameña y del Cuerpo de Bomberos, no ha sido reconocido en su justa dimensión, pero no es cosa que me mate, total Henri Dunant, caballero y comerciante Suizo que hace un alto en su agenda para ayudar a los heridos de la Batalla de Solferino, plasma sus experiencias en un libro llamado “Un recuerdo de Solferino” y le toma un par de años convencer a otros para convertir la idea de la creación de una organización de neutral de ayuda, que hoy día se llama Cruz Roja y termina sus días en un desolado cuarto de hotel. Y nuestros hermanos bomberos con su lema, abarcan el total desprendimiento en momentos de socorro y desastres “Disciplina, Honor y Abnegación”

Por los días en que Guido Berguido hacia su entrega en el periódico la Estrella de Panamá (a la cual contribuí) En la página web de TV-N los periodistas Eduardo Lim Yueng y Alexandra Ciniglio abrieron un foro de opinión sobre la invasión, los escritos allí plasmados, están llenos de un contenido profundo y descriptivo de las situaciones y sentimientos que vivieron sus actores.

Luego de la aparición de un extracto de mi escrito sobre la invasión, recibí llamadas por más de dos semanas en donde me pedían saber más del tema, a todos les envíe copia de la narración realizada.

Incluyo en esta entrega las historias de los hermanos Acosta, miembros de la Cruz Roja Panameña y los cuales perdieron su casa desde el primer día al vivir en el límite del barrio del Chorrillo, pasando a ser refugiados por más de un año. El relato de amigos también de la Cruz Roja, como el Doctor Nicolás Arrocha, el paramédico Henry Staples, y Peter Finlay hermano y amigo de origen estadounidense pero con alma de panameño.

Aportes de compañeros socorristas

Henry T. Staples Charles

Socorrista - Paramédico

Siendo las 05:45 horas de la mañana del miércoles 20 de diciembre de 1989, con los primeros rayos del sol, me despido de mis padres y con sus palabras de cuídate mucho voy rumbo a la sede central de la Cruz Roja Panameña en Santa Ana.

Recuerdo que caminando, parecía loco ya que todas las personas salían del centro de la ciudad y yo iba hacia el centro, cuando estaba a la altura de la cuchilla de calidonia empezaban a abrir los almacenes, empezó el saqueo, seguí caminando con temor hasta Santa Ana, siendo más o menos las 09:00 de la mañana llego a la sede de Cruz Roja para mi sorpresa estaba cerrada y había un letrero informando que estaban en vía Brasil en el local de la rifa, empezar a caminar de vuelta para atrás, decidí ir por la avenida balboa y me encuentro con una barricada de los soldados americanos llegando a la embajada de los Estados Unidos, reorganizo mi azimut (ruta) y tomo por el Hospital Santo Tomas, para ir por la ave. Justo Arosemena tratando de evitar el saqueo y el área tensa de la embajada, al llegar a la Justo Arosemena veo el vehículo del compañero Torregrosa osea lleno de agujeros de bala frente a la biblioteca Meléndez en el edificio Hatillo, sigo mi recorrido y al final de la Justo Arosemena veo una luces rotativas de color rojo subiendo por la calle del Riba Smith, hacia la Justo Arosemena para mi alegría era un vehículo de cruz roja la CR-26, conducía el "loco feliz" Dafnis Contreras, me recoge y procedemos a vía Brasil, y me pongo a ordenes de los oficiales, al medio día nos trasladan a la base de Santa Ana para prestar apoyo de primeros auxilios bajo la dirección del Dr. Nicolás Arrocha, en la cual nos enseña a suturar ya que era tanta la demanda de personas heridas que no nos dábamos abasto.

Quise estar en todas las actividades que se daban, estuve desde las atenciones en la Sede Central hasta en los levantamientos de cadáveres, recuerdo una situación en la cual me hizo pensar en dejar de ayudar y tomar un arma e irme a pelear en contra de los gringos, una noche en la que estábamos descansando en Vía Brasil, sube un soldado americano diciendo que necesitaban de nuestra ayuda, como es de esperar todos fuimos prestos a ver qué pasaba, traían a unas personas que fueron heridas en un retén militar, era un grupo de 5 a 7 personas, recuerdo que yo estaba en la última ambulancia la CR- 42 con un masculino de aproximadamente 25 años que tenía múltiples heridas por proyectil de arma de fuego de grueso calibre, y le preguntaba al conductor de la ambulancia porque no nos movíamos y él me respondía que estaban esperando la escolta por parte de los soldados americanos, en esto esperamos más o menos unos 25 minutos y la famosa escolta no llegaba, cuando de pronto pasaron un grupo de tanquetas y nos dieron la orden de salir, la verdad no sé qué escolta si solo los vimos cuando pasaron al lado de nosotros y de ahí no los vimos más, quisimos meter a los pacientes heridos al cuarto de urgencias del Hospital Paitilla y allí nos cerraron las puertas y tomamos rumbo al hospital Santo Tomas ya que era el más cercano, de los pacientes que se trasladaron esa noche solo uno llego al salón de operaciones los demás del cuarto de urgencias hacia la morgue, y este igual murió, lo que me lleno de coraje fue que nos hicieron esperar por una supuesta escolta que no se dio y todos estos panameños murieron por esperar, esa noche recuerdo que el director nacional Jorge Alemán, QEPD., me pregunto qué me pasaba, y le dije en claro mi frustración y lo que tenía ganas de hacer, él me hablo y me dijo que ayudaba más haciendo lo que estaba haciendo, que tomando un arma.

Como está ahí un buen número de anécdotas, experiencias, risas y lágrimas, que solo lo entienden las personas que de una u otra forma vivieron en carne propia la invasión a mi país, Panamá, muchas cosas se dicen pero en realidad nadie sabrá jamás si fue una "Causa Justa".

Memorias del Ing. Víctor Antonio Acosta Guillén

Refugiado de Guerra del 20 de diciembre de 1989 Profesor Universitario en cuatro casas de estudio superior

Eran como las 10:30 pm del 19 de diciembre de 1989, estaba mal humorado. Habían perdido los Lakers den Magic Jhonson contra el Chicago Bull de Jordan. Tenía al día siguiente un examen de biología que había estudiado por semanas. Mi hermano Martín, se hacía el vivo al no hacer el nacimiento de navidad, pues yo ya había decorado el árbol.

Me dormí, juraría que sólo había cerrado los ojos cuando esa madrugada escuché estruendosamente el pasar de las tanquetas frente a mi casa. Al asomarme en la ventana, las pude ver cual animal rampante, seguido del acto que pareciera de cualquier película de acción. Iniciaron su ataque con disparos y morteros. Todo se veía, pues mi casa quedaba en frente de las faldas del Cerro Ancón "El límite del Chorrillo". Algunos quizás recordarán ese edificio que daba la bienvenida al venir del interior.

Mi madre, ya jubilada, nos gritaba desaforadamente ¡balas, balas! Por instinto natural todos nos arrastramos a nuestro pasillo de la casa y buscamos refugio en el baño. Ese lugar intestinal, protegido por 2 paredes del apartamento pero aun así, oíamos chocar los tiros en las paredes en nuestra cocina, cada segundo era un día, parecía no acabar. Mi mamá y mis hermanos Juan, Vicky, Martín estábamos esa noche con las oraciones más intensas que habíamos tenido en nuestras vidas. Mi hermano Jorge que manejaba taxi en las noches, no había manera de saber de él.

Se hizo intenso todo, serían líneas y líneas página y páginas si relatara esta historia por completo. Casi inconsciente del humo, mi hermano Juan se dio cuenta que nuestro “hogar”, se incendiaba justo encima de nosotros. Vimos como las llamas devoraban el techo haciéndonos salir como animalitos de un nido. Entre fuego y humo pudimos encontrar los cinco la salida del apartamento, no sin antes esquivar los cadáveres de los pseudos soldados panameños que yacían en las escaleras y en la calle producto seguramente de las metrallas gringas. Nos unimos en caravana a esa gran cantidad de Chorrilleros que entre llanto y desolación corríamos hacia lo que hoy es **mi pueblito**. El escenario era desgarrador de ver mi casa incendiarse frente a nuestros ojos con mis mascotas dentro que no pudimos salvar.

Permanecimos en una zanja durante casi 4 horas. “Mujeres y niños a la zanja, hombres arriba”. Esas fueron las indicaciones de los soldados norteamericanos que nos encañonaban a medida que íbamos llegando a ese improvisado lugar. Ya pasada las 5 de la mañana, cuando al fin el sol se apiadó de nosotros, entre ruinas y cadáveres que yacían en el piso, hecho pedazos y mutilados, llegamos a la escuela de Balboa donde estuvimos 3 semanas en una navidad amarga y alimentos de conservas de guerra que al principio nos fueron arrojados de un camión como perros. Sólo comieron los más fuertes. Allí empezamos ser **refugiados**, sin poder salir, durmiendo en el piso sobre algunas frazadas que nos habían dados los invasores.

Albrook nos acogió en unos hangares durante meses, en un cubículo de 6 mts² aproximadamente, sin privacidad y usando baños comunitarios donde el tráfico de droga se daba en las noches y casi no podíamos usarlo a esa hora. Alimentándonos de comida que muchas veces estaban crudas y hasta dañadas suministradas por una gran cadena de restaurante en la actualidad.

Es esto parte de la historia de nuestras vidas, de la mía de la de mi familia. Es esta parte de la historia de muchos que pasaron una gran penuria aquel 20 de diciembre de 1989, pero al menos vivimos para contarla.

Hoy en día he superado grandemente ese momento en que volvimos a nacer. Aquel día en el que salimos milagrosamente de las manos del incendio y los tiroteos que había por doquier. Pero a pesar que ese día perdí mucho: **Casa, ropa y años de mi vida**, no es nada, no es nada comparado con el dolor de los padres que perdieron a sus hijos e hijos que perdieron a sus padres. No es nada comparado con los que hoy están lisiados en una silla de rueda, o en cama o con ausencia de alguna parte de su cuerpo, No es nada, absolutamente nada el precio pagado cuando hoy vemos a nuestros niños jugar y reír sin temor, creciendo en una Panamá diferente y nueva. Pero con la pregunta sin respuesta. ¿Habrá sido necesario pagar este precio? ¿Hubo justicia para aquellos que sacrificamos sangre y nuestras casas por eso? La respuesta sólo las pueden dar quienes vivimos ese calvario en carne propia y mi respuesta es **“tanta muerte y brutalidad no fue necesaria, el fin se pudo lograr sin semejante atrocidad”**

Cada 20 de diciembre, sólo puedo decir **“Prohibido Olvidar”**, y pido a Dios por todos aquellos que sin culpa alguna abandonaron nuestras vidas en ese diciembre negro de 1989.

Lic. Víctor Martín Acosta

**Refugiado de Guerra del 20 de diciembre de 1989
Rescatador, Abogado y Docente**

El 19, aproximadamente a las 5:00 de la tarde, llegue al local de la Cruz Roja para discutir unos informes. Generalmente nos quedamos en la noche de turno, con la ambulancia. [Algo] me decía: Martín vuela a tu casa.

A medida que las horas pasaban ese impulso se hacía más fuerte. Salí a las 8:00 de la noche, llegue cansado y mi hermano Antonio que terminaba de terminar el arbolito de Navidad me dice: Te toca mañana armar el nacimiento. Comí, descansé y me acosté. De pronto siento que me hablan y me dicen: Martín levántate, soñoliento me levanto. La voz me dice: <<bala, bala, bala>> pregunto qué es lo que pasa. Entonces mi hermano me dice: Martín, los gringos nos invaden.

Nos arrastramos hasta el baño de la casa. Allí [nos quedamos] llorando y rezando, juntos, para que no nos volaran con todo y casa. Los guardias de Panamá estaban en el balcón de mi casa tirando balas. El cuarto contiguo estaba vacío. Oíamos todo clarito, las bombas, todo. De pronto una detonación grande interrumpió el fluido eléctrico. Quedamos a oscuras, un vidrio estallo en pedazos y quedamos cubiertos de fragmentos], mi mamá, mis tres hermanos y yo. Lo único que pudimos sacar fue la ropa que iba a lavarse en la lavadora. Extendí la mano, saque unos trapos, unas medias, las distribuí a cada uno de mis hermanos. Mi mamá salió con un traje, yo tenía unas medias, los demás iban sin zapatos. Fue lo único que pudimos sacar de la casa.

De pronto sentimos una detonación y todo quedo en silencio. Entonces pregunto: Mamá, ¿estarán tirando bombas lacrimógenas? se sentía un ardor, como algo que se quemaba, unas cenizas le caen a mi hermano Antonio en el brazo izquierdo y no eran bombas lacrimógenas, nos habían incendiado (la casa). Salimos del baño al pasillo que divide los dos cuartos, mojamos unas sábanas para no asfixiarnos.

Nos tiramos al piso, el humo se hacía cada vez más denso y no odiamos respirar, quede semi inconsciente. Toño pensó que estaba muerto, mis dos hermanos me movieron fuertemente, reaccione soñoliento. Le digo a Juan: sal y abre las puertas, es preferible morir abaleado que quemado. Juan arrastrándose abrió la

puerta, los pedazos de cielo raso y zinc encendidos seguían cayendo, Toño, a lo lejos, vio sus zapatos, los iba a agarrar, pero no tuvo tiempo.

Llegamos a la puerta y empezamos a gritar en español y en inglés: *auxilio, help, socorro*. Mi hermanito se asomó al balcón y vio que toda la gente del Chorrillo corría hacia el cerro, entonces mi mamá dijo: vamos para afuera. Mi hermana, la mayor, Juan y Toño salieron primero.

Las llamas! adentro parecía un infierno, nada más tuvimos cinco minutos para salir, gracias a Dios no estallo el tanque de gas. Agarre a mi mamá por el cuello, como si fuéramos ciegos, porque no nos veíamos los unos con los otros llegamos al piso de abajo, vi que la puerta de mi vecina estaba abierta, empecé a llamar: <<vecina, vecinos, abran>>. Recordé que allí vivían niños y empecé a patear la puerta para rescatarlos, mi hermano me dice: Martín, por favor, salva tu vida.

Peter J. Finlay

Socorrista Instructor 0620

(Este relato prefiero dejarlo sin corrección tal como si estuviese escuchando a este compañero de ascendencia norteamericana hablando)

Muchas cosas que prefiero no contar y por razón de no sé qué, algunos que están bloqueados en mi mente, hoy día dirían “stress post traumático”. La cosa es que a nosotros, no nos tocó nada de esa terapia, no salimos tan mal parados.

El amigo Abdiel Iván Batista me pidió que escribiera algo sobre mis recuerdos de la Invasión del 20 de diciembre de 1989, la verdad no sé cómo comenzar. Ahora tengo 54 años de edad, aquella fatídica fecha contaba con 29 y tenía ocho de ser Socorrista de la Cruz Roja Panameña.

Mi relato inicia el 19 de diciembre, llevábamos semanas de vivir bajo la amenaza de guerra, puja y repuja entre el coloso del norte y el régimen de Noriega, había sido un año difícil para el país pero la gente seguía con sus vidas preparándose para las fiestas de fin de año, yo por mi parte estaba asignado como conductor del Director General de la Cruz Roja, el Lic. José “Pepe “ Beliz, y como todos los días salimos de la Sede en Santa Ana en la camioneta hacia Colon donde residía Don Pepe, en esa época no había corredor ni autopista , la ruta “rápida “ era la vía forestal que pasaba frente al Ft. Clayton y atravesaba el Parque Summit hasta salir a la Transistmica en Chilibre. La conversación se centraba sobre la condición del país y la inminente acción de los gringos que era “ vox populi “ pero que no llegaba a aterrizar, ya a estas alturas las maniobras y retenes de las fuerzas militares de ambos bandos se había vuelto algo cotidiano y parte de los diarios viajes a Colon, pero hoy había algo diferente y cuando deje al Sr Beliz en su residencia , el me comunico que iba a declarar una Alerta Solferino , que era una clasificación interna de la Cruz Roja para estar preparado y que me quedara con el vehículo por cualquier cosa .

Esa orden me salvo la vida, más adelante les cuento como, el viaje de regreso se hizo corto , no había casi tráfico, eran las 19:00 horas aproximadamente cuando llegue a la entrada de Clayton y fui retenido por un Policía Militar en el semáforo de la entrada, él se me acerco y al ver los rótulos de Cruz Roja en el vehículo y quizás mi cara de gringo se animó a hablarme mientras salía una fila interminable de equipo bélico de la base y se perdían hacia el área de Balboa y las esclusas de Miraflores por la entrada del puente giratoria .

Me preguntó de dónde venía y que hacía en la Cruz Roja, conversamos unos minutos y cuando el convoy termino de salir y se alejó me dijo que siguiera camino y que tuviera cuidado que hoy era un día importante, archive ese dato en mi mente y avancé ya que había perdido casi 45 minutos ahí parado, pase por Base 51 Santa Ana para reportarme con el encargado de turno y posterior seguí viaje hacia Capira donde residía en esa época.

Los vecinos me despertaron a las 02:00 de la mañana y desde Cermeño se veía los fogonazos en el horizonte, en ese momento me entere de lo que estaba sucediendo, me uniformo apurado y baje hasta Capira donde me topé con un retén improvisado de las Fuerzas de Defensa y algunos batalloneros eran las 03:30 de la mañana del 20 de diciembre de 1989, gracias a que teníamos buenas relaciones con las fuerzas militares pude convencerlos de que me dejaran pasar y como era un vehículo de la Cruz Roja Panameña logre pasar el retén de Villa Rosario y La Pesa en Chorrera.

Llegue a la Chorrera a las 06:00 de la mañana y me encontré de frente con un convoy de unidades blindadas de los Marines que venían saliendo de la autopista para tomar la garita de La Pesa, me hicieron señal de alto, me requisaron y al cabo de unas explicaciones el Teniente a cargo me dijo que no podía continuar por la autopista por operaciones que estaban efectuando en el peaje. Un Hummer me escoltó hasta el Hospital Nicolás Solano que estaba en espera de heridos y había sido tomado por los norteamericanos ya que el DENI quedaba en la parte de atrás del mismo. Ahí me entere de la escaramuza del peaje. Cosa extraña ninguna unidad militar había ingresado al poblado de La Chorrera hasta ese

momento. Pude desplazarme en el vehículo hasta la piquera de SICAMOCH donde el Secretario general del gremio Eliecer Montenegro tras pedido del Comité Local de CR me abasteció el vehículo de combustible. Como no se podía mover para la Capital apoye al comité local, en la tarde bombardearon el cuartel de Chorrera que a esas alturas había sido abandonado. Pude moverme por la Panamericana hasta llegar a Arraijan Cabecera donde me encontré a la altura del Centro de Salud con un encuentro de los batalloneros de Rigoberto Paredes y los soldados americanos, los soldados rodearon el vehículo, me sacaron, y me acostaron en el suelo con un fusil apuntándome a la cabeza, todo esto uniformado y con peto de Cruz Roja, escuche un soldado que era apenas un muchacho decirle al Sargento que si no hubiese sido por los logos en el vehículo me hubiera disparado, al rato me dejaron sentarme recostado al CR-2, pero nadie me pregunto nada y se me dijo que no hablara. Al cabo de unos dos horas llego un oficial y cuando se acercó le dije en inglés fluido que lo que estaban haciendo conmigo era una violación a los Convenios de Ginebra, su respuesta fue de que los batalloneros se estaban disfrazando y utilizando ambulancias para atacarlos y transportar armas. Ahí me tuvieron sentado hasta que llegaron unos miembros de la inteligencia Militar y me entrevistaron, debo decir que el mayor del Army se portó bien y le llamo la atención a los soldados por lo sucedido, para las 14:00hrs del 21 de diciembre me incluyeron en un convoy de vehículos de empleados del Canal, debí haber sospechado lo que venía cuando pasamos las destruidas instalaciones del Control Dos de la patrulla de Caminos, nos escoltaron hasta la Avenida de los Mártires donde doble por la Jerónimo de la Ossa hacia la Base 51 que estaba cerrada. Ahí alguien me comento que se habían ido para la Vía Brasil donde me reporté como a las 18:00 horas. Debo decir que lo que vi cuando venía bajando el Puente de Las Américas en medio del convoy lo llevo grabado en mi mente hasta el día de hoy, Chorrillo ardiendo aun, los restos calcinados de vehículos y personas en la rampa de subida al puente, vehículos lleno de huecos de balas, y gente caminando como sonámbulos hacia el área de Balboa escoltados por soldados armados. En el semáforo del Chorrillo tanques y bloqueos para que nadie entrara.

Ya integrado a la operación en Vía Brasil fui asignado a una ambulancia y nos despachaban a diferentes puntos de la ciudad, recuerdo los retenes donde nos requisaban , recuerdo atender gente, el dolor y la desesperación por no saber de un familiar ,el llanto de la familia de los encontrados sin vida, la falta de sueño, recuerdo estar en el estacionamiento debajo del edificio con el “ Loco” Alfonso Rodríguez y fumar un cigarrillo con él para calmar los nervios un poco, (y yo no fumaba), recuerdo la morgue del hospital Santo Tomas repleto de cadáveres hasta en el piso. Los saqueos por toda la ciudad y el correr a atender a los heridos resultantes en la ambulancia, por alguna razón no puedo borrar de mi mente, la imagen de un señor delgadito cargando una refrigeradora con un niño sentado arriba, lo sueño a veces en cámara lenta, nosotros pasando en la ambulancia y este señor pasando en frente como si nada. Recuerdo cuando me asignaron a la unidad “Lechuza” con Iván y nos tocaba ir a recoger los muertos.

Los muertos, más de los que quisiera recordar y más de lo que dicen, resaltan los del colegial en el cruce de la Sears en la Transistmica, los de San Cristóbal, los de Panamá Viejo, no nos dejaron entrar al Chorrillo, el que encontramos en frente del Gago de Vía Brasil, sentado dentro de su vehículo como si estuviera esperando el cambio de luz y muchos, muchos más.

Noche buena en la oficina de la Rifa en Vía Brasil; ahí estábamos todos reunidos, cansados, sin bañarnos, mal alimentados, pero la esencia de Henry Dunant se respiraba ahí, el compañerismo, la camarería que se forja bajo fuego , la hermandad del socorrista, en esos momentos nos olvidamos de los problemas y rivalidades personales, quisiera poder recordar el nombre de cada uno pero es difícil, éramos uno, éramos todos , las bromas, la tristeza, solo los que estuvimos ahí saben de lo que hablo, Jorge Alemán dando las instrucciones de la noche , Iván, Alfonso, Bailey, Smith, Robert y muchos más. Pepe llamando desde Colon para saber de nosotros, que curioso que en toda la acción militar los teléfonos no dejó de funcionar, que bien INTEL.

Por alguna razón se me olvidan algunas cosas pero otras están claritos: El fusil en la nuca, la cara de loco del soldado después de disparar al colegial aquella

noche, los jóvenes muerto, la noche que no vi el alambre y enrede la ambulancia en un retén, la cara de la Sra. que fue a ver el cuerpo que estábamos recogiendo y darse cuenta que era el de su hijo y muchas otras.

Dr. Nicolás Arrocha

**Medico Aeronáutico,
Docente, Medico de Rescate**

Hablar de la invasión no es fácil. Fue un momento histórico en donde, de manera coyuntural, toda una generación se vio inmersa y conmovida hasta sus más profundas raíces. Después de todo, queramos admitirlo o no, a todos nos afectó directa o indirectamente. Es por ello que iniciaré mi relato antes que el velo del tiempo no me permita recordarlos con claridad.

La noche previa a la invasión me encontraba de turno en una clínica, de las llamadas clínicas populares, en el área de Santa Librada. Mi rutina era escuchar una emisora de Costa Rica, la cual emitía boletines frecuentes sobre la situación en la ciudad de Panamá. No recuerdo la hora en la cual la radio informaba de fuertes combates en la ciudad de Panamá, de enfrentamientos en la zona cercana al cuartel Central de las Fuerzas de Defensa. ¿Pero si aquí no hemos sabido nada? Me pregunte echando pie de una duda razonable. De inmediato llamé al lugar más lógico para recibir información al respecto, La Cruz Roja Panameña. Me costó mucho conseguir línea, pues marcaba ocupado de manera constante. Finalmente entable la comunicación, me contestó una voz que me resultó familiar, era Guillermo “Guille” Cisneros. Le pregunté si estaba enterado de alguna situación anómala por el sector. Con voz trémula me contesto “esto está prendido, está feo”. No pudimos continuar más la conversación, pues la misma se cortó. Fui de inmediato a encender la televisión en la sala de espera de la clínica. Mi sorpresa fue tan cuando pude constatar que la señal de las televisoras están interferida. Llame a mi casa de inmediato para comprobar que estaban enterados de lo sucedido, pudiendo constatar que fue así.

Tratando de entender lo que estaba pasando, esperé que amaneciera. No pude dormir el resto de la noche y, a eso de la 6:00 AM, salí al portal de la clínica. Era una mañana fresca acompañada por una brisa de regular intensidad. Podíamos escuchar el sobrevuelo de aeronaves pero no lograba observar alguna. Estaba enterado que había vehículos de la Cruz Roja que no pernoctaban en la base de Santa Ana ¿Presagiaban algo que yo desconocía?. Uno de los responsables era el cruz rojista Raúl Vásquez. Logré contactarlo, haciéndole énfasis de donde me encontraba, con la intención de ser recogido y así incorporarme al equipo de la Cruz roja. Igualmente volví a comunicarme con la sede Central de la Cruz Roja para dar mi posición. No recuerdo con claridad la hora, pero creo que fue cerca del mediodía cuando vi la llegada del vehículo de la Cruz Roja A recogerme. Esa había sido su función, recoger al personal rezagado. Dentro del transporte íbamos como “michos” en madriguera por la cantidad de persona recogidas. El vehículo se movía despacio por las calles en donde se respiraba una atmósfera de temor. Llegamos al cruce de San Miguelito, muy diferente de como está hoy en día. En ruta nos quedaba el almacén el fuerte, el cual fue víctima implacable del saqueo. De ahí continuamos Hasta llegar finalmente a la seda de la Rifa de las Cruz Roja en vía Brasil, en donde se hizo una breve visita para luego tomar rumbo. Este nuevo destino fue hacia la sede Central, nuestra nunca olvidada sede central.

La ruta utilizada fue por la avenida central. Durante este trayecto veíamos a las personas cargando de toda clase de cosas, desde televisores, ropa, etc. Muchos cargando sus vehículos y otras llevando esas mercancías, sin esperpento, por las calles cercanas. Un verdadero caos del cual nadie puede negar que estos acontecimientos se Produjeron alguna vez. No niego que el temor fue una fiel compañera en todo momento de nuestra travesía.

Una vez llegamos a la sede de la Cruz Roja, nos instalamos dispuestos a cumplir con nuestro deber. No mucho tiempo transcurrió cuando llegaron las primeras personas para ser atendidas. Fueron llegando desde personas histérica con sobradas razones, otras con la presión alta. Los primeros heridos que llegaron fueron personas lesionadas por participar de los saqueos. Recuerdo un joven con

impacto de bala en su rodilla, la cual lucía estallada, no obstante logramos atender su hemorragia. Nuestros suministros médicos como tal eran muy escasos, para variar, puesto que no contemplamos su utilidad a gran escala prontamente. Entre nuestros primeros “paramédicos” estuvo en esta ocasión Tommy Staples, Roberto Moreno y Juárez, todos dispuestos para dar la atención requerida. La necesidad y la falta de equipos de sutura nos obligaron, como en épocas superadas, a la necesidad de hervir el material de sutura. Tratando de economizar material, primeramente enseñando a nuestros nóveles asistentes pues la demanda de atención así lo requería.

Tratando de obtener recursos, se hizo contacto con el servicio de urgencias del Hospital Santo Tomás, del cual nos ofrecieron insumos pero para ellos no era posible el desplazar sus vehículos. Acordamos enviar un vehículo de Cruz Roja debidamente identificado. Nuestro conductor voluntario fue Dafnis Contreras. Debo confesar que me sentía un poco intranquilo ante el hecho de enviar a nuestros compañeros ante el peligro de una ciudad sin autoridad. Es por ello que fue de gran alegría, olvidando por un momento lo que estábamos pasando, cuando vi doblando la esquina en avenida Ancón nuestro vehículo retornando todos a salvo.

La memoria me trae un recuerdo que pudo haber pasado desapercibido en un momento por el cual estábamos pasando. La mayoría de los voluntarios de Cruz Roja no vivíamos en el sector de Santana o áreas aledañas, no obstante, conocíamos a las personas que se circunscribían en el perímetro de la sede central. Se sabía quiénes estaban en “malos pasos”. Es por ello me sorprendió cuando uno de estos pandilleros se me acercó para preguntarme en que podía ayudarme e indicarme que estaba a su disposición.

La atención se siguió brindando el resto de la tarde, hasta que se nos ordenó evacuar la sede antes que cayera la noche. Así nos trasladamos hacia vía Brasil nuevamente. Este fue el primer día de la invasión.

Epilogo

Los anónimos de la invasión, tienen rostro

Jueves 2 de octubre de 2014, decidí desde el día anterior ir al cine y ver el publicitado documental del cineasta panameño Abner Benaim. Encontré una sala de cine sola y en limpieza, pague la entrada y me fui a la sala 2, siete personas en la amplia sala me hacían compañía en la tanda de las 14:15

Sentí emoción al ver al socorrista en reserva y psicólogo Alejandro Carrasquilla y al teniente coronel del benemérito cuerpo de bomberos Agustín Bedoya, debo confesar que previamente pregunte si había salido alguien hablando de las acciones de socorro y primeros auxilios durante esos crueles 7 primeros días posteriores a la invasión.

Aunque me considero apolítico, no puedo ocultar mi dolor ante la invasión ejecutada por una potencia, independientemente de lo que hubiese hecho el General de Fuerzas Manuel Antonio Noriega, para que la motivase o tal vez fue aquel triunvirato presidencial que la pidió. Lo que no soporto es, a aquellos panameños que le dan las gracias a Estados Unidos por devastar una ciudad y matar ciudadanos con el solo fin de llevarse a un solo hombre.

A casi veinticinco años de ese evento bochornoso en la historia de ambos países, llore al escuchar un anciano decirle a Abner Benaim, en el parque de Santana – no remueva las cenizas, deje eso en el pasado (palabras más, palabras menos) – Escuchar la pasión en las palabras de Olga Cárdenas – yo era joven... – ver al Ingeniero Benjamín Colamarco llorar y convencido de su papel histórico, me llevo a suspirar y pensar que fui testigo presencial de todo. Veinte y cinco años después

llore en la sala de cine, llore por lo que vi, por lo que sentí, llore por los muertos, llore por Luis Gustavo Torregrosa, el primer muerto de la invasión.

Y la historia se repite, no se entrevista a ningún rescatador, ni de la Cruz Roja ni de los bomberos, quienes arriesgaron sus vidas para socorrer a heridos y desvalidos, a recuperar cadáveres, a localizar familiares.

El día 16 de abril del 2012 le escribo al cineasta Abner Benaim porque leí en la revista inserta dentro de un periódico local, el proyecto que tenía en mente. Estas fueron mis líneas en su momento:

“Buenos días, les escribo motivado por el llamado dentro del artículo, Abner, publicado en la revista Siete del pasado domingo 8 de abril, donde comentan que están trabajando en un documental sobre la invasión. Yo he sido socorrista rescatador de la cruz roja panameña, los últimos 35 años, tuve una participación activa durante la invasión de estados unidos a panamá, desde la noche del 19 de diciembre hasta el 25 de enero siguiente; escribí mis vivencias y de ellas un extracto pequeño, fue publicado en una serie de artículos publicados por el periodista Guido Bilbao en la estrella de panamá, conservo como recuerdo de la invasión, el casco y el peto que utilice. Adjunto encontrara el escrito, me dejan saber su opinión y si será tomado en cuenta”.

Como referencia le envié una copia de lo que había escrito. Muy amablemente el cineasta me responde a través de su iPhone, el mismo día:

“Gracias por compartir su historia con nosotros, le copio a las encargadas de coordinar las entrevistas para que le contacten cuando sea el momento apropiado”

Un año más tarde el 6 de abril del 2013, escucho al cineasta hablar de su proyecto en el programa ***“Que viva la tarde”*** y de inmediato le escribo estas líneas; ***“Hola, ayer les escuche en “Viva la Tarde” cuando gustes, les comparto mi historia sobre la invasión...saludos”*** No obtuve respuesta.

Juro ante el espíritu de los cientos de muertos que recobre, por la decencia de los cientos heridos que socorrí, por la seguridad de los cientos que ayude a re encontrarse con su familia que, sabía que mi historia no sería tomada en cuenta y que tanto la Cruz Roja como los Bomberos serian ignorados, pues el cliché que los héroes deben ser anónimos persiste.

Alguien escuchara a los rescatadores, y seremos la voz del silencio, como lo dice en el documental el maestro Rubén Blades, pues la invasión creó una ceguera en los escritores e historiadores de la última intervención armada de Estados Unidos a Panamá, tanta ceguera que el rumor que Luis Gustavo Torregrosa, primer muerto de la invasión, no murió por balas del ejército de Estados Unidos, cobra vigencia cada diciembre.

La navidad en que María “Pantalones” Carter perdió los juguetes.

Diego Sebastian Castillo Murgas

Eran las 8:37 de la noche del 19 de diciembre de 1989, Maud se levanto de la sala de su casa en la Barriada San Pedro, esa noche igual que muchas otras por el cansancio del día era la television quien le miraba a ella, en vez de ella mirar la televisión, se despertó sin que uno de sus hijos le dijera – **mama vete adormir a tu cama** - fue a su cuarto y de la mesa de noche tomo un viejo rosario, lo apretó en sus manos y empezó a rezar; sin darse cuenta rezaba en ingles, francés, español y “patois” esta última, lengua que aprendió de sus abuelos, de esa manera rezaba siempre, alguna vez nos confeso en la Plaza de Catedral que rezando de esa manera se aseguraba que Dios la escuchara. Termino de rezar fue a la cocina por un vaso de agua y regreso para acostarse, mientras conciliaba el sueño pensó que aun le faltaban algunas cosas para completar los regalos de navidad y entre nombres de posibles donantes se durmió plácidamente.

Se despertó a las 3:45 de la mañana del día 20, se hizo un café, se baño, busco un short que le quedara holgado, pues hacia días sentía que le dolía la cadera, no queria ir al medico pues siempre le decian: **baja el ritmo, que no eres una chiquilla**. Eran las 4:23 cuando salió de su casa caminando, sus planes era llegar a las 5:30 de la mañana a la iglesia del Carmen, para escuchar la misa de las 6 de la mañana, al ir caminando hacia la vía Domingo Díaz, en donde tomaría el bus hacia la iglesia. Sintió la brisa fría y un silencio inusual – **debe ser porque es diciembre, pensó para sí** – tampoco los vecinos estaban levantados, aunque le pareció raro pues era miércoles, a mitad de semana, no le dio importancia y siguió caminando pensando en que, Calitin su hijo menor “cogiera seriedad” y terminara la universidad, en silencio se lo encomendo a la virgen del carmen, de quien era devota.

Al llegar a la vía principal le paro un taxista que la conocía ¿Y quién no conocía a María “Pantalones” Carter? La llamo – **María, ¿para dónde vas?** – ella sin prisa le respondió: voy a la iglesia del Carmen; el taxista se detuvo a su lado y le dijo: María no sabes que anoche los gringos invadieron, hay bombardeo. María solo le limito con una sonrisa a decir: No jodas, llévame a vía España y ayúdame con una rifa para este miércoles, por 0.50 te ganas una canasta de comida, mira que tiene de todo.

El taxista todo el camino iba hablando solo, narrando como los gringos habían invadido, que había muertos, combates, que en radio libertad se hacian llamado a

la población a resistir, que los batallones de la dignidad y codepadis, se presentaran a los cuarteles y repetían una y otra vez – **clave jamon, clave jamon** – la consigna para iniciar la guerra de guerrillas. María iba absorta en pensamientos, aun le faltaban regalos, para los niños del Chorrillo, Santana, Calidonia y el Hogar de la infancia, las bolsas de comida para los viejitos del Chorrillo y Catedral. El taxista la dejó en la puerta de la iglesia, y sin que María lo escuchara la bendijo y la encomendó a Dios. Mientras caminaba a la puerta, podía escuchar ruidos como de fuegos artificiales, tocó la puerta y el cura asombrado le preguntó ¿Qué haces aquí? Los gringos invadieron anoche. María no atinaba a ordenar sus pensamientos ¿invasión? ¿Qué invasión? ¿Qué les pasa a esos gringos, es navidad? El cura asustado le dijo pasa, hay hombres armados afuera, desde ese momento se quedó 3 días en la iglesia, ayudó con la limpieza, la comida, las misas, con los que iban por ayuda y a algunos heridos. Años después recordaba mientras reía: me puse a ayudar en la iglesia y olvide que en casa no había comida, pero mis amigos pasaban y le dejaban comida a mis hijos y así era pues ver a los hijos de Maud era verla a ella.

El día 22 camino desde la iglesia del Carmen al Chorrillo, allí ella tenía un cuarto desde hacía mucho tiempo, en el guardaba una parte de los juguetes que repartiría en diciembre y en el día de reyes, en ese pequeño cuarto de 18 metros cuadrados tenía una cama para descansar alguna vez, nunca la usó, pero en ella durmió medio barrio cuando hubo necesidad. Camino por toda la avenida central, miraba en silencio los almacenes con sus grandes vidrieras rotas, restos de mercancía del saqueo en la calle, cajetas, ganchos. Afuera del almacén Garbo, tiradas en el piso había dos muñecas barbies en su caja, se agachó con dificultad y las agarró, las sacó de la cajeta y las puso en su bolsa, se las reservó a Jacqueline, la niña sordomuda de calle 21.

Al llegar a la Caja de Ahorros, de la avenida central, tomó la calle 17 oeste para llegar hasta plaza Amador, en donde dobló en la avenida A, había tanquetas con soldados, chiquillos y adultos mirando en silencio, María no podía creer cuando se paró en la esquina de la calle 23 lo que veía, el cuartel central destruido, algunas casas de madera aun humeantes, gruesas lágrimas brotaron de sus ojos mientras caminaba, sentía el corazón oprimido, rezaba el padre nuestro mientras pensaba en sus amigos y conocidos del Chorrillo, se paró entre calle 26 y 27 y mirando hacia el mar, se dejó llevar por un llanto solitario, su Chorrillo ya no existía, se sentó en el borde de la acera y pensó que en ese año fue candidata a representante del Chorrillo y su propia gente no votó por ella, pero era su barrio, ese barrio que adoptó cuando iba de su casa en la boca hacia el barrio en donde halló la razón de su vida – **Los niños** – Maud Catherine Carter, recordó esa mañana que fue por el Chorrillo que cambió su nombre a María, más fácil de

pronunciar, fue en el Chorrillo donde se gano con amor su apodo de “Maria Pantalones” por usar esta prenda de vestir en una epoca en que las mujeres tenian limitaciones en el vestir. Ese apodo lo llevo con honor toda su vida, y al grito de Maria Pantalones, levantaba la mano, pero muy pocas veces sonreia, solo miraba fijamente a quien la saludaba y con una gracia convincente pedia que le compraran la rifa, con la que obtenia fondos para comprar juguetes, regalos y comida para su gente del Chorrillo.

Se quemo el Chorrillo, lo quemaron las bombas, y se quemaron los juguetes que María guardaba en su cuarto del Chorrillo, sentada aun, sobre el borde de la acera, miro al cielo, sonrió y recordó que en un espacio de la iglesia del Carmen guardaba algunos juguetes y regalos, miro nuevamente hacia calle 27 y en voz alta se pregunto ¿Qué cenaran los chorrilleros? en el cuarto habían ya 483 bolsas de comida para ser distribuidas entre los que menos tenían. Sintió el sabor a sal de sus lágrimas, no podía parar de llorar, mientras se preguntaba donde estaban sus amistades, sus amigos. A partir de ese día, cada vez que iba al Chorrillo volvía a sentir como el dolor de la desolación que vio esa mañana a las 10, ya no lloraba, ahora solo sentía nostalgia y rabia por la manera despiadada y brutal con que se sometió a su viejo barrio.

Maud Catherine Carter y su alter ego María “Pantalones” Carter, repartió sus juguetes que aún le quedaban en el Hogar de la Infancia, los niños a la espera y ella con voz enérgica llena de cariño les decía – **hagan fila, hay regalos para todos** – dejo unos pocos regalos para repartirlos en el mercado público. Landon Ringrose, habia sido uno de los niños que crecio en el Chorrillo, ahora como adulto tenia una fonda, llamo a María, le brindo comida y ella con ese corazon enorme que tenia le dijo: Oye Landon pueden ser 5 comidas, mira que llegaron 4 pelaos a buscar juguete aca y yo se que no han comido. La respuesta no se dejo esperar – dale María que vengan, pero me tienes que abrazar -

En la navidad del 90 retomo su entrega de regalos, pero ya el Chorrillo no volvió a ser el mismo, 83 años antes un extraño piso la corriente del chorrillo y este se seco y ahora había desaparecido el barrio, abatido por el mismo extraño, la navidad de 1989, fue la única vez en 50 años que María no le llevo juguetes a los niños del Chorrillo, ella siguió hasta la navidad del 2012 ya con un agresivo cáncer de páncreas que se la llevo al lado del creador.

Imaginemos a Maud Catherine Carter, parada frente a San Pedro y con su tono de voz suave pero enérgico con el que abordo a ministros, obispos y presidentes, decir: Dile a Dios que llevo María Carter, dame mis alas y mi aureola, ¿puedo vender mis rifas aquí? Al fondo un poco detrás pudo ver a un ex presidente de la

dictadura, le llamo por su nombre y le mostro la libreta de la rifa seguido le dijo aun confundido San Pedro – **He dicho María Carter Pantalones** –

Diego Sebastian Castillo Murgas, es mi alter ego que uso para escribir historias cortas. Esta la escribi para rendir homenaje a Mauded Catherine Carter, conocida como “María Pantalones” dirigente social natural, que se preocupaba por que en cada diciembre los niños del Chorrillo tuviesen juguetes. En la segunda edición del libro escrita por su hija Carmen Nieto Carter, se incluye este cuento.

La invasión: Treinta dudas, para treinta años.

He pasado 29 años recordando la invasión, desde su inicio, desde esa media noche, en que nadie se pone de acuerdo si fue el 19 de diciembre o fue el 20. ¿Qué más se puede escribir de la invasión? Preguntaba Sol Lauria de la agrupación Concolón, a un pequeño grupo de interesados en el controvertido tema de la Invasión de Estados Unidos a Panamá en 1989, - **ya todo está escrito** – decía con ese ánimo de hacernos entrar en una crónica, que estoy seguro muchos no queríamos entrar.

Con el olor del café en el aire y la incertidumbre de la crónica, charlas más y charlas menos, solo se me ocurrían preguntas sin resolver.

1. ¿Por qué no se les dio a los chorrilleros la oportunidad de hacer un duelo?
2. ¿Por qué ese interés en borrar el otrora cuartel central de las fuerzas de defensa?
3. Cuartel con una historia, con secretos que todo un barrio sabia
4. ¿Por qué chorrilleros con dolor de una invasión?
5. ¿Por qué Chorrilleros alegres de esa invasión?
6. ¿Por qué un recuerdo que no se logra olvidar con nada?
7. Un pasado entre el recuerdo y el olvido
8. Ausencia, presencia, nostalgia,
9. Fragmentación y violencia
10. La necesidad de hablar
11. La invasión y las verdades atadas
12. La invasión y el silencio cómplice de los gobiernos de la democracia
13. La invasión entre el dolor y el perdón
14. La intolerancia a la verdad
15. El árbol de mamon en medio del patio limoso como describían los periódicos, el olor a duchas y sanitario comunal,
16. El recuerdo de la parrilla de madera,

17. El olor a la fritura de prima noche, que fue desplazado por pandillas de mozalbetes.
18. Recuerdos de los policías trotando a las 5 de la mañana,
19. El clarín y repique de tambores para izar la enseña patria
20. Rosa Bonilla, Roberto Duran, María Carter y sus regalos de navidad
21. Libros de la invasión que relatan lo que se escucho
22. Batallones de la dignidad.
23. Codepadis
24. La invasión desapareció el "limite"
25. Y post invasión los soldados se quedaron sin sitio para comprar quenque del bueno
26. ¿Cuántos muertos hubo?
27. ¿Quién mato a Luis Gustavo Torregrosa?
28. Ondeaba la bandera panameña en el cerro ancón la noche de la invasión.
29. ¿Cuántos chorrilleros nacieron en plena invasión?
30. ¿Habrá una verdad sobre la invasión?

Listado de Socorristas que trabajaron durante la invasión de Estados Unidos a Panama el 20 de diciembre de 1989. Pido disculpas si he omitido algun nombre.

Primeras horas	
1	Arrocha Nicolas
2	Batista, Abdiel Iván
3	Camarena Pablo
4	Cisneros Guillermo
5	Contreras Dafnis
6	Dubois Alfredo
7	Garcia Lino
8	Guardia Alvaro
9	Moreno Roberto
10	Morgan Manuel
11	Muñoz Bernardo
12	Reyes Pablo
13	Roberts Orlando
14	Rodriguez Alfonso
15	Rodriguez Vielka
16	Smith Roberto
17	Staples Henry
18	Vasquez Raul

Socorristas y Adultos de Cruz Roja Juvenil		
1	Arrocha Nicolas	41 Acosta Victor Antonio
2	Acosta Victor Juan	42 Acosta Victor Martin
3	Avila Julio	43 Alvarez Jackeline
4	Bailey Alberto	44 Cajjar Rodolfo
5	Batista Abdiel Iván	45 Castillo Efrain
6	Bazan Boris	46 Cedeño Alberto
7	Bazan Jaime	47 Cisneros Jorge
8	Calderon Manuel	48 De Gracia Ezequiel
9	Camarena Pablo	49 Du Bois Dora
10	Carrasco Luis	50 Escobar Maricela
11	Castro Obaulio	51 Gaona Alberto
12	Cisneros Guillermo	52 Gaona Jose Alberto
13	Conforme Eduardo	53 Gil Jose
14	Contreras Dafnis	54 Gonzalez Omaira
15	De Leon Eliana	55 Ho Ricardo
16	De Leon Gilma	56 Javier Steele
17	Diaz Ovidio	57 Marquez Ana Carola
18	Fajardo Carlos	58 Montes Rolando
20	Fernandez Jorge	59 Muñoz Rene
21	Finlay Peter Joseph	60 Obispo Humberto
22	Garcia Juan	61 Perez Martina
23	Garcia Lino	62 Rigueros Rosalin
24	Guardia Alvaro Ulises	63 Rogriguez Ostiano
25	Guzman Juan	64 Rosales Katherine
26	Juarez Jose	65 Rosales Siboney
27	Lacayo Luis	66 Serrano Erasmo
28	Mendez Mario	67 Simpson Gildaaura
29	Moreno Roberto	68 Solis Elías
30	Morgan Manuel	69 Sosa Yaritza
31	Perigault Pedro	70 Zodia Llerena
32	Roberts Orlando	71 Adolfo Malo
33	Rodriguez Vielka	72
34	Sanchez Manuel	73
35	Smith Roberto	74
36	Solis Franklin	75
37	Staples Henry	76
38	Vasquez Raul	77
39	Vos David	78
40		79

Fallecidos al 2020		Administrativos	
1	Aleman Jorge	1	Bernal Maricel
2	Béliz Javier	2	Flores Sandra
3	Beluche José	3	Ruiz Valdes Carlos
4	Choy Jose	4	Salas Migdalia
5	Du Bois Alfredo	5	Vergara Rosabel
6	González Juan	6	Beleño Guillermo
7	Hall Víctor	7	Hidalgo José
8	Loaiza Ricardo	8	Béliz, José
9	Marquez Luz Amparo	9	
10	Muñoz Bernardo	10	
11	Muñoz Julián	11	
12	Pinel Eduardo	12	
13	Ramos Rosa	13	
14	Reyes Pablo	14	
15	Rochester Winston	15	
16	Rodríguez Alfonso	16	

N°	Nombre		Organismo	Estatus actual
1	Cáceres, Bernardo			ACTIVO
2	Aguilar, Edgardo			INACTIVO
3	Aleman, Jorge			Q.E.P.D.
4	Barnett, Jorge			Q.E.P.D.
5	Béliz, José			Q.E.P.D.
6	Blackman, Rolando			INACTIVO
7	Blake, Luis			ACTIVO
8	Bonilla, Cesar			INACTIVO
9	Bravo, Omar			INACTIVO
10	Casis, José			ACTIVO
11	Chalen, Guadalupe			Q.E.P.D.
12	Chong, José			ACTIVO
13	Clarke, Arturo			INACTIVO
14	Colville, Javier			INACTIVO
15	De Gracia, Librado			INACTIVO
16	De la Espada, Juvenal			INACTIVO
17	Doyle, Gustavo			Q.E.P.D.
18	Dutton, Luis			INACTIVO
19	Foster, Egberto			INACTIVO
20	García, Noemi			INACTIVO
21	Garrido, Napoleón			INACTIVO
22	Gómez, José			ACTIVO
23	Gonzalez, Jorge	Colón	Cuerpo de Socorristas	ACTIVO
24	Hernandez, tereza			INACTIVO
25	Herrera, Fernando			INACTIVO
26	Herrera, Terezo			INACTIVO
27	Johnson, Fernando			Q.E.P.D.
28	JULIO VARGAS			ACTIVO
29	Labastides, Luis			INACTIVO
30	Lewis, Aquiles			ACTIVO
31	Linch, Omar			INACTIVO
32	Moreno, Rodolfo			INACTIVO
33	Núñez, Perla			INACTIVO
34	Pallares, Osvaldo			INACTIVO
35	Peter, Franchot			INACTIVO
36	Ramos, Enrique			Q.E.P.D.
37	Robinson, Omar			ACTIVO
38	Salazar, Fabian			ACTIVO
39	Sanchez, Luis			INACTIVO
40	Smith, Jorge			INACTIVO
41	Subía, Gustavo			INACTIVO
42	Tursi, Francisco			Q.E.P.D.
43	Vargas, Julio			Q.E.P.D.
44	Vega, Alex			INACTIVO
45	Viveros, Alberto			Q.E.P.D.

El comité de la Cruz Roja Panameña, también tubo una destacada participación durante la invasión. La estación de radio HP3-CRP operada por el socorrista Héctor Pitty (HP3-JT) se mantuvo al aire en todo momento. Y fue muy destacada la participación de los socorristas Edilberto Castillo, Milton Castillo y Eliseo Ruiz, quienes recogen a un delegado del Comité Internacional de la Cruz Roja y sorteando retenes lo transportan a Panamá, en una camioneta Korano. Luego de dejar al delegado, los tres se quedaron prestando servicios en Panamá.

A mediados del año 2019 y buscando hacer algo significativo, un grupo de socorristas veteranos (no es un grupo formal dentro de la sociedad nacional de la Cruz Roja Panameña, el único vínculo es que fueron voluntarios activos por muchos años) creó un “pin” para conmemorar los 30 años de la invasión.



La idea fue del socorrista veterano Raúl Vazquez y apoyada por varios veteranos, se hicieron 50 pines. Dentro de la proyección de trabajo del presidente nacional de la Cruz Roja Panameña Elías Ricardo Solís, está el rendir un homenaje, a estos voluntarios, que hicieron valer la promesa de los socorristas que en una de sus partes dice “ a un a riesgo de mi propia vida”